
editorial

IX

Perplejidades culturales

Nunca los contenidos culturales han circulado con tanta facilidad y rapidez por el planeta. Pero, con idéntica facilidad y semejante rapidez, aparecen productos bajo la denominación de «culturales» que nunca se habían considerado antes como pertenecientes a la esfera de la cultura. La influencia de las nuevas tecnologías en este proceso es indudable. Existen unos nuevos conceptos de creación, unos nuevos soportes y unos nuevos canales a través de los cuales se distribuyen esos nuevos productos, que acaban modificando sustancialmente el mapa tradicional de la cultura.

Hablar de cultura, sea cual sea su definición, supone hacerlo de unas categorías y unos valores. Sin embargo, «cultura» ha pasado a ser en los últimos años prácticamente todo lo que es susceptible de ser comunicado. Según estos criterios, que podríamos calificar de «antropológicos integrales», hasta el comportamiento es cultura: hay una cultura del ocio, una cultura del tratamiento de los desperdicios, una cultura del ahorro y otra del consumo... No hay sólo, pues, un concepto de cultura referido a la actividad creativa, a los productos de esa actividad y a la conservación y difusión de esos productos, sino también algo que podríamos denominar «cultura pasiva», es decir, un conjunto de formas instaladas en la mentalidad de los individuos y en la mentalidad de la época.

Está claro que cada vez resulta más difícil hablar de cultura en el sentido de la frase «ése es un hombre culto». En los últimos tiempos hemos asistido a la casi desaparición del concepto de excelencia. Junto a la dilatación excesiva del término «cultura», que a fuerza de significar tantas cosas corre el peligro de no significar nada, confluyen otros dos procesos que alteran considerablemente la percepción social de la cultura. El primero de ellos afecta a una de las actividades que, desde siempre, se han considerado núcleos fundamentales de la cultura, a saber, el Arte, y el segundo a unas facultades muy ligadas a éste, como son la creación y la creatividad. Ambos procesos guardan una

estrecha relación y han dejado en el aire de la época dos ideas muy perniciosas. Por la primera, cualquier producto inventado, hallado, concebido o perpetrado por el hombre puede ser considerado Arte; por la segunda, se ha de dar por supuesto que cualquier individuo está dotado para la expresión artística. Esta última creencia, esgrimida hasta la saciedad por ciertos pedagogos y animadores culturales, que han llevado su ingenuidad y optimismo hasta el límite de lo patético, enlaza precisamente con la desaparición del concepto de excelencia. Si Velázquez y Shakespeare son dos individuos como tú y como yo, dotados de idénticas facultades, entonces tú y yo podemos estar a la altura artística de Velázquez y Shakespeare, y en cualquier cosa que hagamos, por ínfima o inmadura que sea, resplandecerá nuestra creatividad.

Todo esto de que cualquier imbécil tenga dentro un artista tiene que ver, por una parte, con las Vanguardias, que abrieron el camino al reino de la confusión igualitaria, y, por otra, con lo que en los medios universitarios estadounidenses se conoce por political correctness. Todos los ciudadanos que, enfundados en su chándal de diseño, se marcan a diario unas carreritas en las inmediaciones de su casa para mantenerse en forma, se sienten émulos de los grandes atletas de todos los tiempos, porque, a la postre, de lo que se trata es de participar, eliminada la idea de ganar por tratarse de un resabio fascista de complicada digestión. Y esto en Pedagogía ha tenido, por ejemplo, unos efectos particularmente devastadores, toda vez que se ha eliminado de las aulas cualquier elemento de sana competitividad, instalando a lo largo y ancho del otrora dinámico planeta pedagógico la feroz dictadura del estatismo igualitario y de la más abyecta mediocridad. Una sórdida trayectoria que conviene cambiar si queremos que nuestra rica herencia cultural, —entendido el adjetivo «cultural» en su acepción más noble— no se convierta en un saber de uso restringido para iniciados.

Luis Alberto de Cuenca